

La otra tercera ola

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

En 1993 Samuel Huntington publicó su famoso libro “La tercera ola”, donde abordaba los procesos democratizadores que se habían dado a finales del siglo XX. Tras Portugal, Grecia y España, la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento de la URSS y Yugoslavia parecía asistirse a una nueva etapa de expansión de los regímenes democráticos. En América Latina sucedería algo similar con el fin de las dictaduras del Cono Sur. Con la perspectiva que da el tiempo y visto el panorama internacional a día de hoy, todo indica que estamos ante una auténtica ola de expansión de los sistemas dictatoriales, autoritarios y caudillistas. Así, un primer desarrollo de los mismos tuvo lugar en los años veinte y treinta del siglo XX. Con la llamada rebelión de las masas de Ortega y Gasset y con la Revolución de Octubre de fondo, numerosos sistemas parlamentarios europeos no supieron adaptarse al nuevo escenario y optaron por fórmulas autoritarias, como pasó en la Europa del sur y del este. Los modelos extremos se dieron, sin embargo, en Italia y Alemania con el fascismo y el nazismo, respectivamente. En la Unión Soviética terminó triunfando la llamada dictadura del proletariado, elevada a su máxima crueldad en los cuarenta y cincuenta. Una segunda oleada tendría lugar, precisamente, bajo el mandato de Stalin, con la implantación de las democracias populares en la Europa oriental. Fue el precio que tuvo que pagar esta parte del continente en la conferencia de Yalta para satisfacer las necesidades defensivas de Moscú. Por tanto, en cuantas elecciones se celebraron con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial en esas naciones, los diferentes Partidos Comunistas perdieron, pero, aprovechando su presencia en las coaliciones de gobierno, lograron imponerse mediante sucesivos golpes de Estado y siempre con el respaldo del Ejército Rojo. Lo dijo Churchill en Fulton (1946): un telón de acero ha caído desde Stettin hasta Trieste. A ello hubo que añadir China, donde Mao logró imponer un sistema totalitario con la inicial ayuda del Kremlin.

Con el comienzo del siglo XXI hemos visto un cierto retroceso de la democracia en el mundo. Entre las repúblicas resultantes de la implosión de la Unión Soviética, hay claros ejemplos de ello. Rusia, con Vladímir Putin a la cabeza, sería una muestra evidente, aunque no la única. Ahí está Bielorrusia y Lukashenko. Los politólogos nos hablan de sistemas híbridos, es decir, con instituciones formalmente democráticas, pero donde el juego político entre oposición y gobierno no es limpio. En Latinoamérica también observamos un retroceso importante de la democracia. Por un lado, con la implantación de un socialismo de nuevo cuño de corte populista encabezado por Venezuela, con Chávez primero y Maduro después, pero presente también en otros estados como Bolivia o Ecuador. Por otro, con la pervivencia de la dictadura comunista en Cuba, que sigue dando pocos pasos hacia la democratización de la isla. Recientemente, el acceso al poder de Jair Bolsonaro en Brasil ha supuesto un nuevo modelo de populismo de derechas, dando al traste con las conquistas sociales, económicas y políticas que se habían llevado a cabo a principios de esta centuria. A su vez, Próximo Oriente constituye una anomalía en sí misma. Hasta el punto de que distintos analistas se interrogan sobre la compatibilidad entre democracia e Islam. El historiador libanés Georges Corm piensa que es posible y ha estudiado algunas realidades anteriores a la Segunda Guerra Mundial, aunque lo cierto es que estamos hablando de una de las regiones del planeta más renuentes a la democracia. Tradicionalmente ha habido un peso muy fuerte de los sistemas caudillistas (Egipto, Siria o Irak) y de las teocracias (Arabia y, tras Jomeini, Irán). Incluso, la deriva hacia el autoritarismo de Erdogan es manifiesto, lo que le aleja progresivamente de su ingreso en la Unión Europea. La excepción, se nos dice, sería Israel, pero tampoco es una democracia plena si tenemos en cuenta que casi el 20% de su población (árabes con ciudadanía israelí) están sometidos a un auténtico apartheid.

En definitiva, hay indicios suficientes para pensar que en la actualidad la democracia está en retirada. En Rusia, China o Turquía se ha producido una auténtica involución, pero incluso en países aparentemente democráticos también. Me refiero a Brasil e India. Pero lo que de verdad llama la

atención, por su gravedad, es que las tendencias antidemocráticas se han expandido por regiones en las que la democracia estaba claramente consolidada. Son los casos de la Unión Europea, donde la presencia de los partidos neonazis va en aumento, y de los Estados Unidos. Aquí es Donald Trump quien cuestiona reiteradamente el juego democrático. El hecho de que se hable ya de un traspaso de poderes difícil en el supuesto de que pierda las votaciones es un síntoma de lo que estoy diciendo. Por eso, da la sensación de que, como en otras épocas del pasado, y salvando las muchas distancias, estamos en un momento en el que, para afrontar los enormes retos económicos y sociales a los que nos enfrentamos, es preciso recurrir a los super-gobernantes, los cuales deben lograr unos fines sin importarles los medios.

26 de septiembre

Publicado en *El Diario Vasco*, 9 de octubre de 2020, p. 25